

La deuda que nos cayó encima

Patricia Muñoz Ríos

La economista abre el archivo y no tiene que buscar mucho, pues es obvio, por su voluminosidad, el folder de la deuda externa. Se hace el propósito de abrir un expediente anexo, ya que es evidente que los préstamos y las renegociaciones de la deuda de México van a seguir y el folder no lo va a resistir, piensa, y le surge una pregunta: ¿hasta cuándo lo resistirá el país?

Toma el expediente, anexa la copia de la negociación del nuevo crédito que le concedió la banca extranjera a México y se prepara a actualizar dos cifras: el monto total de la deuda externa de la nación y el nivel *per cápita* (por persona).

Con calculadora en mano, suma la deuda acumulada hasta 1986, más el nuevo crédito por 7 mil 700 millones de dólares, el resultado es dramático. La deuda externa de México llega a los casi 114 mil millones de dólares. Ahora sí el país ocupa el primer lugar de endeudamiento de América Latina y le quita a Brasil la "medalla de oro" como deudor. La economista busca las cifras históricas del Banco de México sobre la deuda del país en el expediente, y cuando encuentra la gráfica correspondiente se da cuenta que sólo dos sexenios y medio han bastado para que la nación sea totalmente insolvente, se haya declarado varias veces en bancarrota y haya tenido que someterse de lleno a programas de ajuste económico impuestos por el Fondo Monetario Internacional para poder seguir obteniendo crédito. Crédito nuevo que sólo se utiliza para pagar crédito viejo.

Sobre la gráfica, con su índice sigue la línea ascendente que ha mantenido el endeudamiento del país. Los datos le revelan que prácticamente la deuda externa era inexistente antes del sexenio de Gustavo Díaz Ordaz. En el régimen de la muerte la deuda creció 3 mil 768 millones de dólares. Su dedo prosigue sobre la gráfica y ahora señala que en el sexenio de Luis



(Virginia Rodríguez)

Echeverría se contrataron créditos externos por 19 mil 802 millones de dólares, es decir, la deuda se triplicó de un período al otro.

Persiste en su recorrido histórico y se topa con un salto enormísimo. En el gobierno de José López Portillo se pidieron créditos por 61 mil 695 millones de dólares. La gráfica remarca que sólo en 1981 se contrató una deuda por 22 mil 658 millones de dólares, más que la registrada en todo el sexenio de Echeverría.

Tanta deuda ¿para qué? Aun cuando se ha querido justificar el monto de los recursos solicitados en el exterior, aludiendo a las necesidades que tenía el país de desarrollar el potencial petrolero descubierto en el sexenio pasado, las cuentas no ajustan. Es absurdo querer imaginar un gasto de inversión o de infraestructura de la magnitud de lo que se pidió en el exterior, dice para sí la economista.

Los argumentos que se pueden manejar en este sentido —analiza—, son que si se hubiera invertido toda la deuda externa demandada, el tamaño industrial del país sería otro, no habría las graves carencias de infraestructura que existen, habría mayor actualización tecnológica; en fin, debe existir una malversación de los recursos, piensa la analista, pero al mismo tiempo razona que sería muy difícil en la práctica económica demostrar su afirmación.

De los créditos adquiridos en el presente sexenio no hay pierda, pues casi la totalidad de los mismos se han utilizado para pagar créditos. Sólo en el presente año el 50% del presupuesto de los Ingresos de la Federación se destina al pago del servicio de la deuda externa.

Es tan absurda esta situación... es como si dedicara la mitad de lo que gana a pagar una deuda, pero además aceptando que cada vez aumente en lugar de disminuir por los intereses tan elevados que me imponen unilateralmente los acreedores. Por si esto fuera poco, tengo que estar agradecida a los prestadores e incluso estar dispuesta a ponerme a dieta, sacrificando además los gastos más elementales como los de educación de mis hijos, ¡porque así lo exigen los acreedores!

Parece una historia de ficción, pero la ficción está en que no lo es. Esto sucede con México, el país que toda Latinoamérica pensó que sería la punta de lanza en el problema del endeudamiento y que, sin embargo, en estos momentos es el más dispuesto a continuar los lineamientos del FMI y a continuar pagando la deuda a pesar de todo —reflexiona la economista.

Recuerda que tiene que sacar otro dato: el endeudamiento *per cápita*, esto es, la parte de la deuda que cada hombre, cada mujer y cada niño de este país tienen que cargar a costas. La operación matemática que se precisa es muy sencilla, basta dividir el total de la deuda, 114 mil millones de dólares entre los 80.4 millones de mexicanos que somos; el resultado es que cada mexicano tiene una deuda externa de mil cuatrocientos dólares, que suena como muy poco pero que trasladada a pesos no lo es.

Sobre todo si se toma en cuenta que: a) el salario mínimo mensual es equivalente a menos de 90 dólares; b) que la mayor parte de la población que tiene empleo, es remunerada con un mini-salario; c) que una de cada cinco personas en edad de trabajar no está empleada; d) que a un obrero le costaría un año y

tres meses de su sueldo poder juntar mil 400 dólares, siempre y cuando en todo ese lapso no tuviera que gastar en comida, vestido ni ninguna otra cosa; e) que en el caso de que se pudiera dividir la deuda entre todos los mexicanos, los jefes de familia también tendrían que responder por la deuda *per cápita* de sus esposas que no perciben un salario, la de sus hijos y todos aquellos que mantengan; y f) que de aquí a un año que pudieran haber ahorrado para pagar su deuda externa, ésta ya habría aumentado por los intereses y la devaluación y tendrían que volver a empezar otra vez. . . Sólo desde este punto de vista sería muy fácil com-

probar la impagabilidad de la deuda —reflexiona la economista.

Además, a la deuda externa *per cápita* se tiene que sumar la personal que se tiene con el amigo, con la caja de ahorro de la empresa donde trabajamos, con la mueblería, con el recibo del cobro de la luz, del predio, del agua, de. . . Pero lo más grave es que la deuda externa es un pagaré que nos endosaron de algo que no disfrutamos y para pagarla desde hoy está empeñado el futuro del país —se dice la analista en el momento que sacadas sus cuentas decide cerrar el *folder* y se promete abrir uno nuevo porque el anterior no va a aguantar mucho. *fem*

europas, Francia, Inglaterra, Portugal, Bélgica, España, etcétera.

Este proceso de colonización implicó la sustitución de cultivos para el consumo interno por otros destinados a la exportación, cuyo objetivo era satisfacer la demanda europea. Con este mismo fin se promovió la extracción de minerales.

Así, se inició el progreso de las Metrópolis en detrimento de las condiciones de vida de los pueblos colonizados, quienes una vez que alcanzaron —siglos más tarde— su independencia política, se encontraron saqueados y con sus economías integradas al comercio mundial a través de la división internacional del trabajo.

Bajo estas circunstancias, los nacientes países independientes de América Latina requirieron de la contratación de créditos externos para iniciar su proceso de industrialización, sin tomar en cuenta que “quien presta, manda”, pues para pagar hay que exportar y para exportar, previamente hay que importar; pero adicionalmente, se necesita ser competitivos y esto se logra pagando salarios más bajos que en los países industrializados.

De esta manera, la pobreza masiva se vuelve la clave del éxito de una economía subdesarrollada volcada hacia el exterior, cuya existencia depende de la capacidad de respuesta que tenga en función de las necesidades de otros.

Los bajos salarios impiden el crecimiento del mercado interno, por lo que la industria produce únicamente para los pequeños grupos con poder de compra. Esta tendencia de producir menos de lo que se necesita se convierte en una contradicción estructural del aparato productivo de los países subdesarrollados, situación que genera la inflación en estas naciones.

Hasta hace algunos años, todas estas contradicciones latentes en las economías del Tercer Mundo permanecieron ocultas para la gran mayoría; sin embargo a partir de 1982, América Latina ha venido tomando conciencia paulatinamente del agotamiento del sistema de endeudamiento externo.

Diversos factores internacionales desencadenaron en la presente década este problema que al parecer convivirá entre nosotros por mucho tiempo.

La insolvencia financiera que ha afectado al Tercer Mundo durante los últimos cinco años se ha derivado básicamente de la drástica caída en términos reales de los precios de las materias primas, las cuales registran en estos momentos un poder adquisitivo similar al de los años 30, y de

¿De dónde viene el endeudamiento?

María de Jesús Espinosa Macías

México acaba de lograr la poco honrosa distinción de ser el primer país deudor de América Latina al acumular una deuda externa de 114 mil millones de dólares, lo que implicó desplazar a Brasil de este aspecto, quien adeuda al mundo desarrollado 108 mil millones de dólares.

Luego de una nueva y penosa renegociación, el pasado 20 de marzo se concretó un paquete crediticio externo de rescate para nuestro país por poco menos de 14 mil millones de dólares, mismos que deberán fluir durante los próximos 20 meses.

La dinámica que en los últimos años ha tenido el problema de la deuda externa, ha llevado a México y a otros países subdesarrollados a constantes renegociaciones y nuevos requerimientos de crédito externo.

Esto se debe a que la política estatal ha puesto como una de sus prioridades el cumplir con el servicio de la deuda externa contratada con anterioridad, lo que implica en primer término pagar mensualmente los intereses que devengan dichos créditos y, de manera trimestral, cubrir las amortizaciones correspondientes.

Sin embargo, el problema que nos ocupa no es privativo de México, ni siquiera afecta únicamente a América Latina. La deuda externa se ha convertido

en una bomba de tiempo próxima a estallar en todos los países subdesarrollados de América Latina, Asia y África.

Siglos atrás, las naciones ahora pobres, también conocidas como del Tercer Mundo, fueron conquistadas y convertidas en Colonias al servicio de las Metrópolis

(Lourdes Laborde)

